

DIMENSIONES PSICOLÓGICAS DE LA ENTREGA MASOQUISTA

Por Dorothy C. Hayden, LCSW (Licensed Clinical Social Worker: Asistente Social Clínica Licenciada).

Traducción de Guillermo García (GGG)

Hace algunos años, en relación con mi trabajo sobre la adicción sexual, empezaron a venir para que las tratara varias personas involucradas en la forma de vida sumisa. Algunas de estas personas eran extremadamente reacias a hablar de las razones que las llevaban a buscar la terapia; se sentían tan avergonzadas de sus fantasías y comportamientos que me llevó años de trabajo con ellas antes de que pudiera saber sus nombres verdaderos o sus números de teléfono. Pacientes capaces de mostrarse comunicativos, respecto a sus comportamientos y fantasías masoquistas, se sentían tan confundidos como lo estaba yo. Uno de mis pacientes, al entregarme por escrito una fantasía masoquista, después de meses de resistencia, dijo, “Aquí está. Es la razón por la que vengo a la terapia. Es terrible. Es enfermiza. Es maravillosa. La odio; es mi fantasía preferida. No puedo evitarlo, la adoro. Es asquerosa. No quiero dejarla.”

Aprender sobre el mundo del S&M ha sido para mí una experiencia inestimable. Tengo que admitirme a mí misma que, visto desde la perspectiva de lo que conocía sobre la naturaleza del yo individual, el masoquismo me asombraba, al desafiar todo lo que había de racional en la naturaleza de la personalidad humana. La gente quiere ser feliz y evitar el dolor y el sufrimiento. Busca mantener e incrementar el control sobre uno mismo y su entorno. Y desea mantener e incrementar su prestigio, respeto y estima. Visto desde la perspectiva de estos tres principios sobre el yo, el masoquismo es una paradoja chocante. El yo se desarrolla para evitar el dolor, pero los masoquistas buscan el dolor. El yo lucha por el control, pero los masoquistas buscan la renuncia al control. El yo quiere maximizar su estima, pero los masoquistas buscan deliberadamente la humillación.

Escuché historias de látigos, varas, potros, torturas de polla y huevos, cera goteando sobre piel desnuda, aparatos electrónicos diseñados para proporcionar la cantidad precisa de dolor, sobre la dificultad de encontrar el ama adecuada, y del sorprendente número de “mazmorras” que existían en un radio de unas pocas manzanas de mi oficina del centro de la ciudad. De vez en cuando los hombres me hablaban de la frustración que les producía ser incapaces de seducir a sus esposas o parejas, que encontraban que estas actividades sexuales eran perversiones, para que participaran de los comportamientos sexuales que más ansiaban.

Sospechaba que había un enorme número de personas que sentían una vergüenza y un aislamiento tremendos a causa de sus anhelos de sumisión. Decidí revisar la literatura clínica sobre el masoquismo para armarme mejor con algo de comprensión psicodinámica del por qué estos hombres, que tan a menudo se sentían ligados a la vergüenza, estaban tan ansiosos por que ser dominados, maltratados, torturados y humillados por mujeres fuertes, dominantes.

Mi investigación reveló lo siguiente: según el Manual Diagnóstico y Estadístico (Diagnostic and Statistical Manual) de la Asociación Psiquiátrica Americana (American Psychiatric Association) –la biblia del loquero- cualquiera que practica regularmente sexo masoquista es, por definición, un enfermo mental. Hay una larga tradición de considerar al masoquismo como una actividad de individuos mentalmente enfermos. Freud describió el masoquismo como una perversión. Uno de sus discípulos relacionó el masoquismo con el canibalismo, la criminalidad, la necrofilia y el vampirismo. Otros analistas aseguraron que todos los neuróticos eran masoquistas. En suma, la perspectiva clínica había considerado a los masoquistas como gente seriamente trastornada.

Krafft-Ebing, el psiquiatra del siglo diecinueve que acuñó el término, incluyó el masoquismo bajo la amplia cabecera de la “Patología General” en su famoso volumen “Psicopatología Sexual” de 1876 ¹. El masoquismo se convirtió en un fenómeno patológico, sexual y psicótico, todo en uno.

"Entiendo como masoquismo una perversión particular de la vida sexual física, en la que el individuo afectado, tanto en lo que se refiere a los sentimientos sexuales como al pensamiento, se ve controlado por la idea de estar de forma total e incondicional sometido a la voluntad de una persona del sexo opuesto; de ser tratado por esta persona como si se tratara de su amo, humillado y maltratado. Esta idea se adereza con sentimientos lujuriosos; el masoquista vive en fantasías, en las que crea situaciones de este tipo y a menudo intenta llevarlas a cabo. Debido a esta perversión, su instinto sexual se hace más o menos insensible a los encantos normales del sexo opuesto, le incapacita para una vida sexual normal, le hace psíquicamente impotente." Se ha convertido prácticamente en un dogma del pensamiento psicoanalítico, que el masoquismo es una condición sexual en la que se requiere el castigo para que se pueda alcanzar la satisfacción sexual. Freud entendió el fenómeno como resultado de algo que iba desde un “sentimiento inconsciente de culpa” hasta “una necesidad de castigo de alguna autoridad paternal.” Al escribir en 1919, Freud encontró la génesis y el punto de referencia para el masoquismo en el complejo de Edipo. El masoquismo, decía, empieza realmente con la sexualidad infantil, cuando tiene que ser reprimido el deseo de la conexión incestuosa con la madre o el padre. La culpa aparece, en este punto, relacionada con los deseos incestuosos. La figura del padre o madre se convierte en la de la persona que administra el castigo en lugar de amor, y aparece en los deseos de ser pegado, azotado, etc. La fantasía de ser pegado se convierte en el punto de encuentro entre el sentimiento de culpa y el amor sexual. Tanto si lleva asociado dolor real como

¹ N. del T.: Aunque en el original la autora se refiere a ella bajo el título de “Psychopath Sexualize” supongo que se refiere a la obra “Psychopathia Sexualis” publicada, al parecer en 1886; véase http://es.wikipedia.org/wiki/Baron_von_Krafft-Ebbing

si no, el castigo que desea el masoquista se disfruta en sí mismo y por sí mismo. El castigo y la satisfacción producen, ambos, placer y humillación. Freud, al referirse al masoquismo como una “perversión”, lo encerró para siempre en el gueto de lo aberrante y desviado.

Mis averiguaciones no encajaban, sin embargo, con la realidad clínica que tenía delante. La gente que se me presentaba no eran seres inmaduros o inferiores. De hecho parecía ser justo al revés. Los masoquistas están más cerca del éxito según los parámetros sociales: profesionalmente, sexualmente, emocionalmente, culturalmente, dentro o fuera del matrimonio. Son, frecuentemente, individuos de gran fuerza interior, poseedores de un amplio abanico de habilidades y con un sentido ético de la responsabilidad individual. Un famoso estudio del “perfil sexual de los hombres en el poder” encontró, para sorpresa de los investigadores, una elevada cantidad de actividad sexual masoquista entre los políticos de éxito, los jueces y otros hombres importantes e influyentes.

Se me hizo evidente que las teorías psicológicas del masoquismo estaban obsoletas. En la década de los 60 la homosexualidad se eliminó del DSMIV (Manual Diagnóstico y Estadístico de los trastornos mentales, IV edición) y se reconoció que no era una patología, sino la elección de una forma de vida. Desde mi punto de vista debería hacerse lo mismo con el masoquismo y, como la homosexualidad, tiene que eliminarse del epígrafe de la “psicopatología” y ser visto como lo que es: la elección de una forma de vida sexual. Es la intención de este artículo sugerir formas de entender el masoquismo sin invocar teorías de enfermedad mental.

Las cuestiones, sin embargo, se mantenían. Me admiraba el por qué tantos hombres, criados en una cultura que valoraba la iniciativa, firmeza y dominio masculinos, deseaban que se les liberara de esas cualidades y entregar su voluntad a una mujer fuerte, dominante, que pudiera torturarles, controlarles y humillarles. ¿Cuál era la base de esta necesidad imperiosa de entregarse y servir, de renunciar al control, de aceptar el dolor físico y la humillación emocional?

Cuando llevaba años escuchando a mis pacientes, empecé a ver el masoquismo menos como aberración sexual y más como una metáfora a través de la cual la psique habla de su pasión y sufrimiento. Había una conexión evidente entre sufrimiento y placer que me intrigaba. Los clientes hablaban del deleite y el éxtasis de la sumisión, la adoración, el abandono salvaje y la liberación de las ataduras limitadoras que impone la “normalidad”.

El sufrimiento ritualizado parecía ser un camino para dar significado y valor a las debilidades humanas. Después de todo no hay escasez de sufrimiento en la vida humana. Ninguno de nosotros necesita buscar el dolor. Sufrir desamparo, desencanto, pérdida, impotencia y limitaciones es parte de la condición humana. Tengo la corazonada de que hay algo así como una necesidad, deseo o ansia universal de entregarse completamente a ciertos aspectos de la vida humana, y que asume muchas formas. Esta ansia apasionada de entrega entra en juego en al menos algunas de las formas de masoquismo. La sumisión, la pérdida del yo bajo el poder del otro, llegar a ser esclavizado por el amo, es lo análogo, siempre disponible, de la entrega.

Los sumisos hablan de un elemento de liberación, libertad y expansión del yo en una escena, como de una situación similar a la caída de las barreras defensivas. Hablan de experimentar una vulnerabilidad total. Creo que, enterrada o congelada, está el ansia de algo en el entorno que haga posible la entrega, una sensación de rendición del falso yo. El falso yo es una idea desarrollada por un famoso psicoanalista que postuló que la mayoría de los padres exigen que sus hijos se comporten dentro de ciertos límites para darles su amor. Para un niño el amor de los padres es una cuestión de supervivencia, de modo que el niño forja un “yo” que cree que le asegurará el amor y la aprobación de los padres. El falso yo es normalmente un yo que hace como de portero o conserje. Una Escena permite a veces que los años de barreras defensivas que soportan el falso yo se vengán abajo. Eso lleva consigo un ansia de nacimiento del verdadero yo. Muy dentro de nosotros ansiamos dejarnos ir, “confesarlo todo”, como parte de un ansia general de ser conocidos y reconocidos. La posibilidad de la entrega puede ir acompañada de un sentimiento de terror y/o alivio o incluso éxtasis. Es una experiencia de estar “en el momento”, totalmente en el presente. Su intención última es el descubrimiento de la identidad del uno, el sentimiento del uno respecto al yo, el sentimiento del uno de completitud, incluso el sentimiento del uno de unidad con los otros seres humanos. Alegre en espíritu, trasciende el dolor que evoca. El dolor exquisito del uno es a veces similar al éxtasis místico. Dentro del contexto de esa entrega, ocurre una experiencia de sumisión, de negación del yo, en la que la persona es cautivada por la pareja dominante. La intensidad del masoquismo es un testimonio vivo de la urgencia con la que alguna parte enterrada de la personalidad está gritando para que la liberen. La entrega es nada menos que una disolución controlada de las fronteras del yo.

El anhelo más profundo es el ansia de ser accesible, conocido y aceptado en un entorno seguro, que unos padres narcisistas, incapaces o preocupados no pudieron facilitar al niño a una edad temprana.

Las fantasías de violación, que son muy comunes, pueden tener todo tipo de significados. Entre ellos, uno encontrará casi siempre, a veces profundamente enterrado, el anhelo de una entrega profunda. El sumiso ansía y desea que se le encuentre, reconozca, se le penetre hasta muy adentro, así como hacerse real, o, como dice un analista “entrar en el ser”.

Además del ansia de la entrega en un sentido más verdadero del yo, los comportamientos masoquistas tienen otro significado. La gente necesita elaborar fantasías y obtiene mucho placer de ello. Preguntad a la gente de Disneyland que atienden a adultos tanto como a niños. Las escenas tienen un tremendo potencial para potenciar la fantasía. Los disfraces, rituales, escenarios, y una variedad sin fin de juguetes sexuales y equipos elaborados, revelan la riqueza de la creativa vida interior y hablan de la necesidad muy real de la representación de las fantasías. Las fantasías son las portadoras de un amplio espectro de sentimientos humanos: controlar, ser controlado, putear, ser puteado, jugar, agradar y conseguir consuelo más allá de los confines de los aspectos mundanos de la vida ordinaria. Representan la suspensión de la realidad normal, lo que es, de vez en cuando, una necesidad para toda la gente saludable.

Probablemente la última cosa que el masoquismo parezca querer sea el equilibrio. En consonancia con su naturaleza paradójica, el masoquismo proporciona no tanto un estado de debilidad como una sensación de entrega, receptividad y sensibilidad. El masoquismo es la condición de someterse totalmente a una experiencia, que se opone a una vida que, en nuestra sociedad occidental, es egocéntrica, constreñida, racional y competitiva. La fortaleza puede ser una carga terrible. Es una limitación, que puede aliviarse en momentos de abandono, de dejarse caer y dejarse ir. Por tanto, no es demasiado sorprendente que el empuje de las experiencias masoquistas resulte ser tan fuerte en una cultura que sobrevalora la fuerza del ego a costa de una experiencia más plena de todas las dimensiones de la vida psíquica.

En conclusión, creo que los terapeutas tienen que modificar radicalmente el enfoque para hacer psicoterapia con pacientes masoquistas. Mis colegas se quejan de que los masoquistas son difíciles de “curar”. Tal vez porque el paradigma del que parten estos terapeutas sea falso. El reconocimiento de que hay valor y significado en el deseo de sufrir humillación va contra la actitud que prevalece en psicología. El principal avance de las modernas teorías y prácticas ha ocurrido en la psicología del ego. Los valores de la psicoterapia se han orientado, en su mayoría, a construir egos fuertes, autosuficientes, racionales, capaces de resolver problemas. Los valores del ego son ciertamente valiosos, pero conseguir fuerza, autosuficiencia, ser racional y resolver problemas tiene un coste. Esto puede dar cuenta de la insatisfacción que mucha gente siente tras años de psicoterapia. Construir un ego fuerte es solo un lado de la historia; descuida otras partes cruciales de la psique humana. La psicología moderna ha estado en gran medida dominada por el objetivo de ayudar a la gente a desarrollar independencia, fortaleza, éxito en acciones decisivas, autosuficiencia y planificación. Lo que se ha perdido es la atención a las dimensiones más sutiles del alma.

El psicoanalista más en sintonía con el elemento perdido en el trabajo psicoterapéutico con el masoquismo es Carl Jung. El masoquismo puede ser imaginado como un producto de lo que Jung llamaba la “sombra”, la parte más oscura, mayoritariamente inconsciente de la psique, que él no consideraba como enfermedad, sino como una parte esencial de la psique humana. La sombra es el túnel, canal o conector a través del que uno alcanza las capas más profundas, más elementales de la psique. Atravesando el túnel o derribando las defensas del ego, uno se siente reducido y degradado. Normalmente intentamos poner a la sombra bajo el dominio del ego. Abrazarse a la sombra, por el contrario, proporciona una sensación más plena de autoconocimiento, autoaceptación y una sensación más plena de estar vivo. La idea de Jung de la sombra incluye fuerza y pasividad, horror y belleza, poder e impotencia, rectitud y perversión, infantilismo, sabiduría y estupidez. Experimentar la sombra es humillante y ocasionalmente aterrador, pero es una reducción a la vida, a la vida esencial, que incluye sufrimiento, dolor, impotencia y humillación. La sumisión al dolor masoquista, a la pérdida de control y la humillación, sirve para abrazarse a nuestra sombra mejor que renegar de ella. El resultado es la consecución de una vida interior que acepta y abraza todos los aspectos de nuestro yo y nos permite vivir con una sensación más profunda de nuestro yo verdadero.

En conclusión, la comunidad psicoterapéutica tiene que reexaminar la sumisión masoquista para verla no como una patología sino como un saludable vehículo para

doblegar los mecanismos de defensa rígidos, para renunciar a controlar a algo o a alguien más grande que nosotros mismos, para conseguir liberarse de la dominante e implacable necesidad de cultivar, promover y afirmar el yo, para conseguir algún alivio del tener que hacer innumerables elecciones y decisiones, para ocuparse de saludables representaciones de fantasías y para la exploración, conocimiento y aceptación del lado “más oscuro” o “sombra” de sus personalidades. Además, muchos pacientes hablan de conseguir una pérdida de consciencia del yo, que describen como un éxtasis o dicha, en la que el individuo trasciende sus límites normales y deja de ser consciente de sí mismo en los términos ordinarios.

Lo que conseguimos, al intentar “curar” un sistema de creencias y comportamientos, que enriquecen y animan las vidas de tantas personas, es una parodia de nuestra profesión. El continuar considerando patológico al masoquismo, manteniéndolo en el DSMIV como una psicopatología y los esfuerzos de la mayoría de los terapeutas en “curar” a los masoquistas, son, en parte, responsables de la vergüenza y aislamiento continuados y la baja autoestima de esta gente creativa, espontánea y valerosa, que quiere que se le reconozca la dignidad de elegir su propia forma de sexualidad que no explota a nadie.

Datos biográficos de Dorothy

Dorothy C. Hayden, LCSW, se ha dedicado a la práctica privada durante 15 años, especializándose esencialmente al maltrato, adicción sexual y tratamiento del Síndrome de Déficit de Atención (ADD: Attention Deficit Disorder) del adulto. Se interesó en el estudio y tratamiento del ADD cuando, hace 10 años, se dio cuenta de que más de la mitad de sus pacientes particulares con comportamientos compulsivos, autodestructivos, padecían ADD.

Dorothy ha sido entrevistada extensamente en las publicaciones más importantes. Recientemente fue entrevistada en un documental de la HBO. Además, fue entrevistada en el programa "20/20" como experta en adicción al cibersexo.

Ms. Hayden realizó el M.S.W. (Master in Social Work: máster en asistencia social) en la Universidad de Nueva York, el MBA (Master in Business Administration: máster en administración de empresas) en el Baruch College, formación psicoanalítica en el Post Graduate Center for Mental Health y el Object Relations Institute. En 1992, fue galardonada con el certificado de Consejera Acreditada para el Alcoholismo (CAC) del Estado de Nueva York. Sus artículos sobre desviaciones sexuales aparecen en numerosas páginas de la red de todo el mundo. Es profesional certificada de NLP (Neurolinguistic Programming: programación neurolingüística), de hipnoterapia, y de EMDR (Eye Movement Desensitization and Reprocessing: desensibilización y reproceso por el movimiento de los ojos). Además, estudió terapia Racional/Emotiva con Albert Ellis. Es miembro de CHADD (Children and Adults with ADD: niños y adultos con ADD), y de los grupos de apoyo de la National Attention Deficit Disorder Association (ADDA) y Manhattan ADD.